

## HOMBRE INTERIOR (\*)

I. Saber comunicar a otro un estremecimiento de belleza, es mérito del poeta inspirado. Pero hacer que este indefinible gozo de nuestra alma en vez de brotar de la visión periférica de bellezas epidérmicas, brote de la grandiosidad de las ideas, esto es más que de poeta: es del intuidor de la belleza honda, menos percibida precisamente por ser más secreta. Tal es la poesía de *Hombre interior*, poema de hondura, poesía filosófica, poesía que palpita de emoción ante el gran drama del sentido del ser.

Se abre el libro presentándonos al hombre «superficial» (el extremo opuesto al «interior»), al hombre que vive de puertas afuera al del teléfono y de la calle, al que se aturde con el bullicio, y se narcotiza con los espectáculos:

*Esta es su vida, de la piel ajuera,  
en el término vibrátil de unos nervios  
imantados por los mil excitantes más chillones.  
Nunca ha oído el vaivén de ese lago interior.*

Pero al fin se decide a prestar oídos a este vaivén interior; y entonces ve su ser tal como es, movedizo, que anda mendigando una limosna de más-ser:

*Y así estás, de puntillas encima de la Nada,  
con el alma en azogue,  
con los brazos —zarcillos—  
buscando un asidero  
en el perfil huidizo de las brisas.*

No obstante el hombre no es sólo vacío (también lo son los otros seres del cosmos) sino algo más: nostalgia de una indefinible plenitud:

*Así, hombre. Vacío,  
mas abierto en afán de plenitud.*

El hombre lanzado a la patética aventura de su vida, se estremece,

(\*) BLAJOT, Jorge: *Hombre interior*. Ediciones Cultura Hispánica. (Madrid, 1952).—Finalista en la clasificación del Premio «Ciudad de Barcelona» 1952.

*al ver que tu ser es la carencia de ser,  
un menguado remedo del «Que Es».*

E impulsado por su indecible hambre interior, se lanza ya a «goces epidérmicos», ya como el filósofo a fingirse que él mismo es «el centro del teatro del mundo», borrando al SER, y en su nombre grabando las letras, caracteres soberbios de su «yo».

Pero no calma así el hombre su vacío, no puede saciar su hambre:

*estás hueco, lo sabes,  
y te carcome un hambre  
que ignora su manjar.*

*Y buscas algo... ¿qué?*

*Los hombres, pendulantes, transcurren a tu lado.*

*Tú les miras con ansia.*

*Ese algo, ¿sois vosotros?*

Vano empeño, el de saciar nuestra hambre de SER con estos pobres remedios de ser, que son los otros hombres. En los otros,

*... hay allí sólo hambre  
un espejo de tu misma inquietud.*

Por fin halla presente en sí mismo a Aquel, tan grande, que en El, inmenso Océano, vivimos, nos movemos y somos:

*Ya todo el o'ejaje de tu inquietud —tu esencia—  
tiene un inmenso Océano en que dance.*

Sensación divina, placer indescriptible, ignoto para el pobre «hombre exterior»:

*¡Oh sensación espiritual! Hallazgo  
del Ser Divino fluente entre mi arcilla.*

Como a Juan de la Cruz, ¿qué puede ya decirle toda creatura? Y clama con un acento íntimo de contenida emoción:

*Señor, ¿qué han de decirme las estrellas,  
y las olas del mar,  
y el arpegio ondulante de la sierra?  
Tú en mí. Yo en Ti.  
Tu hablar y el mío hechos ya monólogo.  
Mis días enhebrados en tu eterno existir.*

Alma abierta, sedienta de más y más. No atormentada ya la búsqueda «ciega» del camino, sino por el ansia de «avanzar más» por él; espíritu

*abierto sin fronteras para abarcar más Dios,  
si más hubiera.*

Plenitud que no se cierra sobre sí egoísticamente como los otros amores; sino que se vierte a todos para hacerles participantes de la misma posesión:

*No me daré a mi mismo —ya no soy—.  
Les doy mi Dios, el Dios de mi parcela,  
hasta que se descubran  
el Dios que van surcando en sus andares  
y apacigua los vientos de inquietud de su mente.*

Tal es en breve nuestra, la primera parte de este óptico poema del hombre interior.

II. «Redención» enhebra el hilo en el punto alcanzado y teje la gran historia divina de la venida de Dios para colmar al hombre: niño, víctima, manjar-Eucaristía.

III. «Poesía entre brumas» pintando maravillosamente el ambiente brumoso de Inglaterra, ayuda al poeta a adentrarse en sí mismo, lejos de falsas ilusiones:

*Librame de ilusoria pasión de lo innoble,  
del engaño pueril de plenitud...*

empujado constantemente desde dentro por una secreta nostalgia del bien sólo catado y todavía no poseído:

*Desde que adiviné tu callada presencia  
en un tibio repliegue de mí mismo  
ya no puedo escribir sobre unas flores  
huérfanas de color.*

Y junto a esta continua evocación divina, la mención punzante y certera, de la filosofía contemporánea de un puro devenir huido, que carece del agarradero de la verdad firme y de un «yo» sustancial:

*Pobre filosofía de lo que nunca queda.  
Imposible al recuerdo, porque no hay quien evoque.  
Sin saber olvidar, porque el olvido pide  
un asiento también. Sin lograr detenerse,  
ser ella ni un instante.*

IV. «Interludio menor» glosa en cuatro poesías, bellezas interiores de los amigos del Amigo: ante la Anunciación de Fray Angélico, la Asunción, la vida íntima de Fabro «mirada al infrarrojo del espectro divino», y el orfeón de cieguecitas de Santa Lucía:

*Sois las ciegas. Doctoras, nos enseñáis a ver,  
Oh deleitosa oscuridad interna  
que os impide aturdirnos con los cromos chillones de la vida  
y os derrama la luz entre los labios  
para enseñarnos a valorar lo cierto...*

V. «La sima», precioso remate del poema, ofrece aparentemente un retroceso, un bordear el camino del olvido y del pecado, pero para volver a la sima de la integridad; una sima que es cima:

*Cosas: no me rocéis más los vestidos,  
no vengáis a lamerme como un fiel can las manos.  
Cual un ebrio o un loco, voy bajando a la sima  
para guardar avaro mi moneda.*

*Y al volver el sigilo de la noche,  
cuando nadie me vea,  
cuando no vea a nadie,  
cuando el ambiente huela a vacío y a nada,  
regresaré a la cima de mi contemplación,  
a aturdirme con nueva visión de oscuridad,  
e impregnarme del mosto divino de lo Eterno.*

Tal es la poesía del P. Jorge Blajot. Poesía varonil y recia; poesía de corte moderno; pletórica de sentido óntico, abierta a los grandes problemas y a las grandes ideas del hombre y del ser, que se plantea sin cesar la poesía contemporánea y en especial la existencialista. Pero mientras ésta deja libre la puerta al tembleque de angustiosas dudas (recuérdese a Hölderlin, inspirador de Heidegger, y al mismo Novalis, para no citar al ya más lejano cantor de la muerte Heine), aquella en cambio deja en el espíritu del lector un aroma indefinible de esperanza, de superación y de auténtica plenitud. Mientras la poesía de la filosofía existencial traduce en el orden de la emotividad contemplativa un horizonte cerrado dentro de la temporalidad, la de «Hombre interior» bucea en el «yo» para dar con la filosofía del «ser», abierto y sin horizontes, turgente de infinitud.

JUAN ROIG GIRONELLA.